



LA NIÑA Y EL LOBO.

Érase una vez una niña de una aldea, la más bonita y graciosa que puede imaginarse. Su madre estaba chocha con ella, y su abuela la quería con delirio.

Un día su madre coció unos bollos en el horno y la dijo:

—Vé á ver cómo sigue tu abuela, que me han dicho que está un poco mala, y llévale estos bollos y este tarrito de manteca.

La niña emprendió el camino para ir á ver á su abuela, que vivía en otro pueblo.

Cuando iba pasando por un monte, se encontró al compadre lobo, que lo primero que le ocurrió fué comérsela; pero no se atrevió, á causa de que andaban por allí cerca unos carboneros. Disimuló, pues, sus intenciones, y acercándose á la niña, le preguntó dónde iba. La po-

bre chica, que no sabía lo peligroso que es pararse á oír á un lobo, le dijo:

—Voy á casa de mi abuela á llevarla unos bollos y un tarrito de manteca que le envía mi madre.

—¿Vive muy lejos de aquí? preguntó el lobo.

—Bastante, le dijo la niña; su casa es la primera del pueblo, pasando aquel molino que se ve allá abajo, abajito.

—Pues mira, le dijo el lobo, yo también quiero visitarla; yo me iré por este camino y tú te irás por aquel otro, y vamos á ver cuál de los dos llega ántes.

El lobo echó á correr con todas sus fuerzas por el camino más corto, y la niña se fué por el camino más largo, entretenándose en coger mariposas, perseguir á las mariposas y

hacer ramitos con las florecillas que se encontraba.

El lobo llegó en seguida á casa de la abuela y llamó.

Tán, tán.

—¿Quién es?

— Soy yo, respondió el lobo fingiendo la voz, que la traigo á su merced unos bollos y un tarrito de manteca de parte de mi madre.

La pobre abuela, que estaba en cama porque se sentia mal, le dijo :

— Tira del cordelito y se levantará la aldabilla.

El lobo tiró del cordelito, abrió la puerta, y así que se vió dentro, se echó encima de la buena mujer y se la tragó en un abrir y cerrar de ojos. ¡ Como que ya iban para tres dias que estaba en ayunas! En seguida cerró la puerta y se metió en la cama de la abuela á esperar á la muchacha, que al poco rato llamó á la puerta.

Tán, tán.

—¿Quién es?

Al oír la voz del lobo, que la tenía muy ronca, la niña se asustó; pero creyendo que su abuela estaria resfriada, la contestó al fin :

— Soy yo, que le traigo á su merced unos bollos y un tarrito de manteca de parte de mi madre.

El lobo, atiplando la voz, le dijo :

— Tira del cordelito y se levantará la aldabilla.

La niña tiró del cordelito, y se abrió la puerta.

El lobo viéndola entrar se tapó cuanto pudo con la ropa de la cama, y le dijo :

— Pon los bollos y el tarrito de manteca sobre el arca, y acuéstate aquí á mi lado.

La pobrecilla se desnudó y fué á acostarse en la cama; pero al levantar la ropa se llenó de asombro viendo las raras formas de su abuela, y no pudiéndose contener, le dijo :

— ¡ Ay abuelita! ¡ Qué largos tiene su merced los brazos!

— Son para abrazarte mejor, hija mia.

— ¡ Ay abuelita, qué largas tiene su merced las piernas!

— Son para correr mejor, hija mia.

— ¡ Ay abuelita, qué largas tiene su merced las orejas!

— Son para oír mejor, hija mia.

— ¡ Ay abuelita, qué grandes tiene su merced los ojos!

— Son para ver mejor, hija mia.

— ¡ Ay abuelita, qué grandes tiene su merced los dientes!

— Éstos son para comerte; y diciendo estas palabras el pícaro del lobo, se arrojó sobre la niña y se la iba á comer, pero por fortuna la muchacha tuvo serenidad y presteza para escapar, salir y cerrar la puerta, dejando al lobo dentro, que fué luego preso y las pagó todas juntas, muriendo ahorcado.

Otros autores cuentan que el lobo comió á la niña, pero no es cierto, lo sé de buena tinta. La niña vivió muchos años, se casó, tuvo hijos y siempre les decia que en la vida es preciso usar gran cautela, para no caer en poder de los hipócritas, que son los malvados más temibles.

HOMBRES CÉLEBRES.

DON MELCHOR DE MACANAZ.

Hé aquí el nombre de una persona de gran celebridad, de muchos y variados conocimientos, que prestó á España grandes servicios, y que, sin embargo, fué juzgado por sus contemporáneos con criterio diverso.

Don Melchor de Macanaz nació en Hellin, villa del reino de Murcia, el dia 16 de Febrero de 1670, de don Melchor de Macanaz y de doña Ana Rivera, personas de posicion distinguida. Despues de estudiar en Valencia y en Salamanca, pasó á Madrid, en donde desempeñó algunas difíciles comisiones del cardenal Portocarrero, y se acreditó luégo en el servicio del Conde de San Estéban de Gormaz, en las jornadas de Portugal y Cataluña, y con el Marqués de Aytona en várias campañas del Principado. Los últimos años de la monarquía austriaca le encontraron de secretario del débil Carlos II. Pero al venir Felipe V no le negó su estimacion. Bien es verdad que Felipe V, aunque monarca extranjero en España, tenía talento, supo conocer los hombres de honradez y de inteligencia, y procuró atraérselos á todos hábilmente. Macanaz militó en su ejército hasta la rendicion de Cuenca y de Elche. Más adelante pasó á desempeñar el cargo de secretario del

Presidente del Consejo de Castilla, y á Macanaz se encargó la planta y nueva forma de gobierno para el reino de Aragon, despues de la batalla de Almansa y conquista de Valencia, la comision de bienes confiscados de aquel reino, y la fundacion de San Felipe, por cuyo servicio le señaló el Rey diez y seis mil ducados de plata doble en aquellos bienes. Posteriormente, despues de la toma de Tortosa, le encomendó Felipe V el arreglo de su gobierno político, y tanta era su influencia, que á instancia suya se suprimieron los Consejos de Italia, de Aragon y de Flándes, y la Junta del Real Erario formada en Aragon.

En vista de su extraordinario talento, se pensó en nombrarle enviado extraordinario al Congreso y ciudad de Utrech, y tambien á París, para ajustar la paz con Clemente XI, pero ántes tuvo que desplegar todos sus conocimientos, todo su celo y penetracion en el cargo de fiscal general del reino, manifestando su vasta erudicion, excitando ideas nuevas, y abriendo las puertas hasta allí cerradas á la ilustracion general. Esto, sin embargo, debia atraerle multitud de enemigos, pero á pesar de todo, continuaba mereciendo el aprecio del

monarca español, que quiso enviarle á París para arreglar los intereses españoles con el Cardenal de Fleuri. Tan amplios eran los poderes que llevaba Macanaz, que el Cardenal quedó admirado, y se vió obligado á decir que jamas se habia dado otro igual, ni él le tenía en Francia, añadiendo estas palabras: *¡Dichoso el rey que tiene tales ministros!*

La envidia y la calumnia continuaban, sin embargo, haciendo toda clase de esfuerzos para hacerle caer en desgracia con el Rey y con la cór-

te, en términos que cuando subió Fernando VI al trono, quiso hacerle volver á España para valerse de sus servicios; pero para impedirlo, asegura uno de sus biógrafos, persuadieron al Rey que sólo Macanaz podía asistir á la paz general que se habia de ajustar en Breda, y despues se concluyó en Aix la Chapelle. Fué á Breda Macanaz, y cuando tenía preparada en Febrero de 47 una paz más ventajosa, en su concepto y de muchos, que cuantas se habian hecho desde los Reyes Católicos, se le



Cuando iba pasando por un monte se encontró á un lobo (pág. 225).

mandó retirar á España precipitadamente, prenderle en Vitoria, conducirle al castillo de Pamplona, y despues al de San Anton de la Coruña, en donde le cerraron sin comunicacion ni libros, y se apoderaron de sus escritos, que pasaban de 200 volúmenes en fólío. Allí otorgó su testamento, legando sus escritos á la Biblioteca Real, y todos los libros de su librería de que careciese. Continuó con una paciencia cristiana en aquella prision, hasta que habiendo entrado á reinar Cárlos III, le con-

cedió libertad, y permitió que se retirase á su patria, en donde murió seis meses despues, en el año de 1760, á los noventa de su edad. Fué Macanaz de trato dulce, de costumbres severas y muy dado á la devocion desde niño. Su instruccion fué grande y aún asombrosa; y sus escritos, aunque adolecen en parte del gusto de su tiempo, tienen mérito esencial, y el de la universalidad de materias y delicadeza de muchas de las que comprenden.

JANER.

LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS.

LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS ⁽¹⁾.

III.

Si las ascensiones importantes no fueran tan numerosas, pudiera tal vez pretender mencionarlas; pero es crecido su número, y no puedo yo, en corto espacio, hablaros de ellas.

Os diré solamente, pues no os lo he mencionado, que poco despues de la primera prueba efectuada por Montgolfier, inventó Charles, el distinguido físico, los medios y aparatos



¿Vive muy léjos de aquí? preguntó el lobo (pág. 225).

tos que despues se han empleado en todas las expediciones aéreas.

La barquilla, que conduce á los viajeros; la válvula, que permite dar salida al gas y hacer así bajar al globo; el lastre, que sirve para re-

gularizar la marcha ó hacer elevar el aparato si se le arroja fuera; el barniz, que da á la tela su propiedad de impenetrable al aire: todo esto fué descubierto por el físico cuyo nombre os he presentado.

(1) Véase el número 8.º del presente volumen.

Después, infinitas ascensiones han tenido lugar, y notables son, entre otras, la de Blanchard, de que ya tenéis conocimiento, y las de Pilatre de Rosiers, Arban, Biot y Gay-Lussac, Nadar, etc. Nada os diré de ellas, pues debo entrar á mencionarnos los experimentos más importantes para la dirección de los globos. A esto voy á limitarme: al de Giffard, en 1851; al de Dupuy de Lome, en 1872.

Puede decirse que Giffard ha sido el que primeramente hizo algo serio para dirigir los globos; y tanto, que las pruebas hechas por Dupuy de Lome tienen muchos puntos de contacto con los experimentos verificados en 1861 y después de esta fecha.

Vosotros habeis visto, queridos niños, muchos globos: no puedo dudarlos.

¿Recordais su forma?

Seguramente es así, y por esto os diré desde luego que el globo de Giffard no tenía esa hechura que conocéis.

Quisiera explicaros la forma que poseía de un modo claro y comprensible: voy á ver si puedo conseguirlo.

¿Recordais mi *Geometría de los niños*?

Suponiendo que sí, debo pedirlos que fijeis vuestra imaginación en el *cilindro*. Lo haceis así, y ahora puedo decirlos que el globo de Giffard se parecía á un cilindro al que se le hubiesen aguzado sus extremos hasta que, desapareciendo las bases, rematasen en punta.

Tomais un lápiz, le sacais punta por los dos extremos: si el lápiz es corto, os muestra aproximadamente la forma que pretendo presentaros.

Tiene esta forma la inmensa ventaja de presentar al viento una superficie relativamente pequeña, y de ser propia, por esto, para la dirección del aparato.

El globo de Giffard estaba provisto de una máquina de vapor que movía una hélice, y de una vela que hacía las veces de timon.

¿Y el de Dupuy de Lome? me diréis.

También tenía su hélice y su vela, aunque la primera era movida á brazos.

—¡Es lo mismo! os oigo exclamar.

Casi lo mismo, aunque el globo Dupuy de Lome llevaba dentro otro globo que, llenándose de aire, permitía mantener siempre lleno al primero; siendo éste, tal vez, el más importante perfeccionamiento que había alcanzado sobre el otro de que os he hablado.

Si otros conocimientos poseyéseis, niños muy queridos, si la física y la mecánica os fuesen familiares, pudiera haceros la descripción científica de los dos globos que han ocupado vuestra atención en este artículo; pero créolo inútil ante vuestros tiernos años, ante vuestra infantil inteligencia.

Dejaré la descripción de los dos aparatos, cuya forma y circunstancias conocéis, y pasaré á decirlos que con ellos se ha conseguido una desviación, aunque no muy considera-

ble, sobre la línea marcada por la dirección del viento.

—¿Y qué es esto?

Oigo esta pregunta que asoma á vuestros labios, pregunta ocasionada por mi poca prevision: habia olvidado, lectores amados, que la física debe seros desconocida.

Hay, pues, que explicar la cosa.

¿Y cómo hacerlo?

En verdad que dudo de la posibilidad que en ello pueda haber: ante los obstáculos que en este punto se presentan no es muy fácil la teoría de las fuerzas.

Hay que procurar, sin embargo, hacerlo: de otro modo diriais que habia emprendido presentaros los inventos para que no pudieseis entenderlos.

Y recuerdo ahora una escena que presencié no hace mucho tiempo, y que parece propia para este momento. Voy á referíroslo.

Iba yo de paseo, no hace muchas tardes, y vi ante mí dos hermosos niños que tiraban, cada cual con furia inusitada, de una cuerda que tenía en su mitad amarrado un objeto, cuya propiedad se disputaban los pequeños antagonistas.

Sin duda alguna era grande el deseo que ambos tenían por poseer el objeto que á la cuerda se hallaba sujeto, porque tiraban de ésta con tal fuerza, que si alguno de ellos la hubiese soltado, seguramente hubiera ocasionado al otro grave caída.

Yo, que presenciaba la lucha, no pude ménos de intervenir en la contienda, y hablé cariñosamente á los

pequeñuelos, con ánimo de que hubiese entre ellos completa avenencia.

—Es mio lo que está en la cuerda, decia uno.

—No; es mio, respondió el otro.

Ante esta poca conformidad de opinion, dije á los contendientes:

—Vamos, partid el objeto, y así cada uno quedará contento.

—Lo quiero todo para mí.

—Y yo tambien.

Así exclamaron los niños, y al mismo tiempo dieron á la cuerda tan fuerte sacudida, que los dos vinieron á tierra, saliendo el objeto y la cuerda con gran fuerza impelidos.

Ahora bien; ¿qué dirección creéis que tomó lo que tan porfiada disputa ocasionaba?

Ninguno de los dos llevó consigo la causa de la disputa: el objeto tomó una dirección media, cayendo á gran distancia sobre el suelo.

Pues bien, queridos niños; lo mismo que sucedió á lo que motivó la infantil contienda, ha acontecido á los globos de que os he hablado en este artículo. Impulsados por el viento y por la fuerza que la hélice desarrollaba, han tomado una dirección oblicua sobre la línea del viento, separándose de ésta, y formando con ella un ángulo la línea que marcaba la dirección del aéreo aparato.

¿Entendeis esto?

La contienda de los niños que presencié en mi paseo os lo explica claramente, ya que otras explicaciones no estarian, seguramente, al alcance de vuestra infantil inteligencia.

Sabeis, pues, lo que han sido los globos de Giffard y de Dupuy de Lome, y si más noticias no os doy de ellos es porque la descripción detallada de los aparatos no sería por vosotros comprendida.

Sólo una cosa queda pendiente.

¿Se ha conseguido dirigir los globos?

¿Es posible esa dirección?

En verdad que quisiera responder á estas preguntas de un modo más satisfactorio de lo que puedo hacerlo.

Os diré, sin embargo, que la desviación obtenida permite suponer que con un agente más poderoso podrá aumentarse; y siendo esto así, no puede ménos de convenirse en que, si el ángulo que forme la línea del viento y la que marque la dirección puede hacerse más abierto, hasta que desaparezca por igualar á dos rectos, estará entónces resuelto el problema.

Debe, pues, suponerse posible la dirección de los globos, ya porque se descubra un agente poderoso, como



Se llenó de asombro viendo las raras formas de su abuela (pág. 226).

la electricidad; ya porque pueda conseguirse construir las máquinas impulsoras de un metal mucho más ligero que el hierro, como el aluminio; ya, en fin, porque se cambie el modo de utilizar la fuerza ó se realicen útiles progresos que no son del caso suponer, ni permite prever la poca cantidad de conocimientos del que esto escribe.

Y aquí terminaría, queridos niños, si no debiera deciros que tam-

bien en España, en nuestra patria querida, ha habido quien se dedique á resolver el problema de la navegación aérea. Sí, niños; entre nosotros no ha faltado quien dedicase su actividad y sus conocimientos al árduo problema de dirigir los globos, comprendiendo sin duda, como os he dicho, que encierra en sí importancia inmensa y gran trascendencia.

En un periódico que, para honra de las artes españolas, ve la luz en

nuestra patria, en *La Ilustracion Española y Americana* correspondiente al 24 de Mayo de 1872, apareció un artículo en que se daba cuenta de los estudios y experimentos hechos por D. Julian Bosque, catedrático por aquel entonces del Instituto de Huesca.

Siendo la forma del globo seme-

jante á los de Giffard y Dupuy de Lome, no entraré á daros detalles de ella; y teniendo el aeróstato de don Julian Bosque el timon y la hélice como medios de obtener velocidad y direccion, dejo tambien de hablaros de esto.

La obra del Sr. Bosque quedó, á lo que creo, paralizada á consecuen-



D. Melchor de Macanaz (pág. 227).

cia de los experimentos hechos en Francia; nos queda, sin embargo, el consuelo de que aquí y allí hubo quien á la vez pensase en el asunto.

Y debo, queridos niños, terminar con este artículo, último de los que

tratarán de los globos: otros descubrimientos nos esperan, á mí para referirlos, á vosotros para considerarlos. Es, pues, justo dar al presente conclusion definitiva.

E. THUILLIER.

EL NIÑO IMPRUDENTE.

Hay muchos niños imprudentes, que no temen el peligro, y que por temeridad ó aturdimiento, se exponen á terribles accidentes.

Ernesto es uno de esos niños. En la calle, va á buscar la pelota á los piés de los caballos; pasa corriendo entre dos coches que van á cruzarse, sin pensar que si se cayera, los coches pasarian por encima de él. Si va á jugar al campo, se pone en sitio donde puede haber un desprendimiento y matarle.

Otras veces atormenta á las abejas, las cuales le pican cruelmente.

Sin embargo, Ernesto debia haberse corregido, porque ha recibido últimamente una dura leccion.

Iba en ferro-carril á no sé dónde; le habian prohibido que sacára los brazos por las ventanillas.

Él no hizo caso de esta prohibicion, y cuando tenía los brazos fuera, pasó el tren por un puente, y se le rompió un brazo chocando con la barandilla.

LA COMIDA EN EL DESIERTO.

.....Y la muerte sabiendo del Bautista
Marchó Jesus hácia un lugar desierto,
Y detras le seguian
Gentes innumerables de los pueblos.
Jesus compadeciósese de sus cuitas,
Devolvió la salud á los enfermos,
Y, llegada la tarde, los discípulos
Dijeron al maestro:

—Hora es ya de que coman esas gentes,
Mas no podrán en este sitio hacerlo:
Aldeas hay cercanas, y en las mismas
Podrán buscar sustento.—
Y les dijo Jesus:— No necesitan,
Para lograr comer, marcharse léjos:
Dadles vosotros.

—Sólo cinco panes
Y dos peces, Señor, aquí tenemos.

—Pues traedlos á mí, Jesus repuso.
Y luégo disponiendo

Que la gente que ansiosa le seguia
Se sentára en el heno,
Tomó panes y peces en sus manos,
Alzó sus dulces ojos hácia el cielo,
Partió el pan, lo bendijo, y sus discípulos
Lo fueron en seguida repartiendo;
Y despues de comer hasta saciarse,
Con las sobras llenaron doce cestos;
Y eran cinco mil hombres, no contando
Las mujeres y niños que comieron.

Y despidió á las gentes; sus discípulos
En la barca subieron;
Y solo ya Jesus, le halló la noche
Dirigiendo sus preces al Eterno.

(*San Mateo*, cap. XIV.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL PERRO ALADO,

CUENTO

POR MAD. GIRARDIN.

(Continuacion.)

Se habia vuelto reflexivo ántes de tiempo, lo cual no le impedia ser muy gracioso y muy simpático. Dominado por un pensamiento que no podia confiar á nadie, no molestaba á ninguna persona con bromas pesadas, que es en lo que suelen ocuparse los que no tienen en qué pensar.

Todos le querian en el país. Y él por quien tenía los mayores cuidados era por su madre.

—La quiere tanto, decian los aldeanos, que una noche ha andado quince leguas á pié para ir á París á buscar un médico. La pobre señora estaba muy enferma y tenía poca confianza en el médico de aquí; pero se ha puesto tan contenta con lo que hizo su hijo, que se curó en seguida.

Estas cosas creian las buenas gentes del país; nosotros, que estamos en el secreto del perro alado, sabemos que Enrique no fué á pié. Se habia acostumbrado tanto á llevar á Fénix, que le dirigia como queria. Enrique vió enferma una noche á su madre y se fué á París á buscar el médico; al otro dia cuando llegó el doctor le contó á todo el mundo que

Enrique, despues de referirle la enfermedad de su madre, se habia vuelto la misma noche, acompañado de un perro, sin querer aguardarse á que él le trajera en su coche.

Por eso creian en el país que habia andado quince leguas en una noche, siete de ida y siete de vuelta.

Referian que otra vez habia enviado á Perpiñan, ¡Perpiñan, en el Mediodía de la Francia! para dar noticias á su madre de una hermana de quien nada sabía, lo cual la tenía muy inquieta. El correo, añadian, trajo la carta dos dias despues. Esto debió costar mucho al señorito Enrique, pues el hacer correr tanto los caballos cuesta muy caro.

Un dia entró la señora de R. en la habitacion de su hijo.

—Abrázame, le dijo, tu padre va á venir, me ha escrito desde el lazareto de Tolon, y dentro de quince dias estará aquí.

Enrique se alegró con todo su corazon con esta noticia, pues hacia tres años que su padre estaba ausente, y fácil es comprender los deseos que tendria de volverle á ver. Pero lo que difícilmente se ima-

ginarán mis lectores, es la impaciencia de Enrique al saber que su padre estaba retenido en el lazareto. Había soportado valerosamente su larga ausencia mientras que había estado en Constantinopla, porque la inmensa distancia que los separaba le quitaba toda esperanza de irlo á ver, pero no podía conformarse á la idea de saber que estaba en Francia, tan cerca de él relativamente, y que así habían de pasar quince días en la más terrible impaciencia.

Aquella era una magnífica ocasión para hacer viajar al perro.

Enrique corrió á ver á la Princesa, para confiarle sus proyectos.

—Mi padre ha llegado á Tolon y yo quiero verle á todo trance; pero como necesito algun tiempo para este viaje, decidle á mi madre que queréis tenerme aquí algunos días. Iré solamente á ver á mi padre, y tendré el valor necesario para no hablarle, para no abrazarle; no haré traición á mi secreto, pero le veré!



El niño imprudente (pág. 234).

¡Oh! ¡Tengo tantos deseos de verle.

La Princesa, al ver aquella impaciencia, escribió á su amiga que le suplicaba le dejara á Enrique dos ó tres días para que la acompañara á ella y á un sobrino suyo que acababa de llegar. La madre consintió en ello.

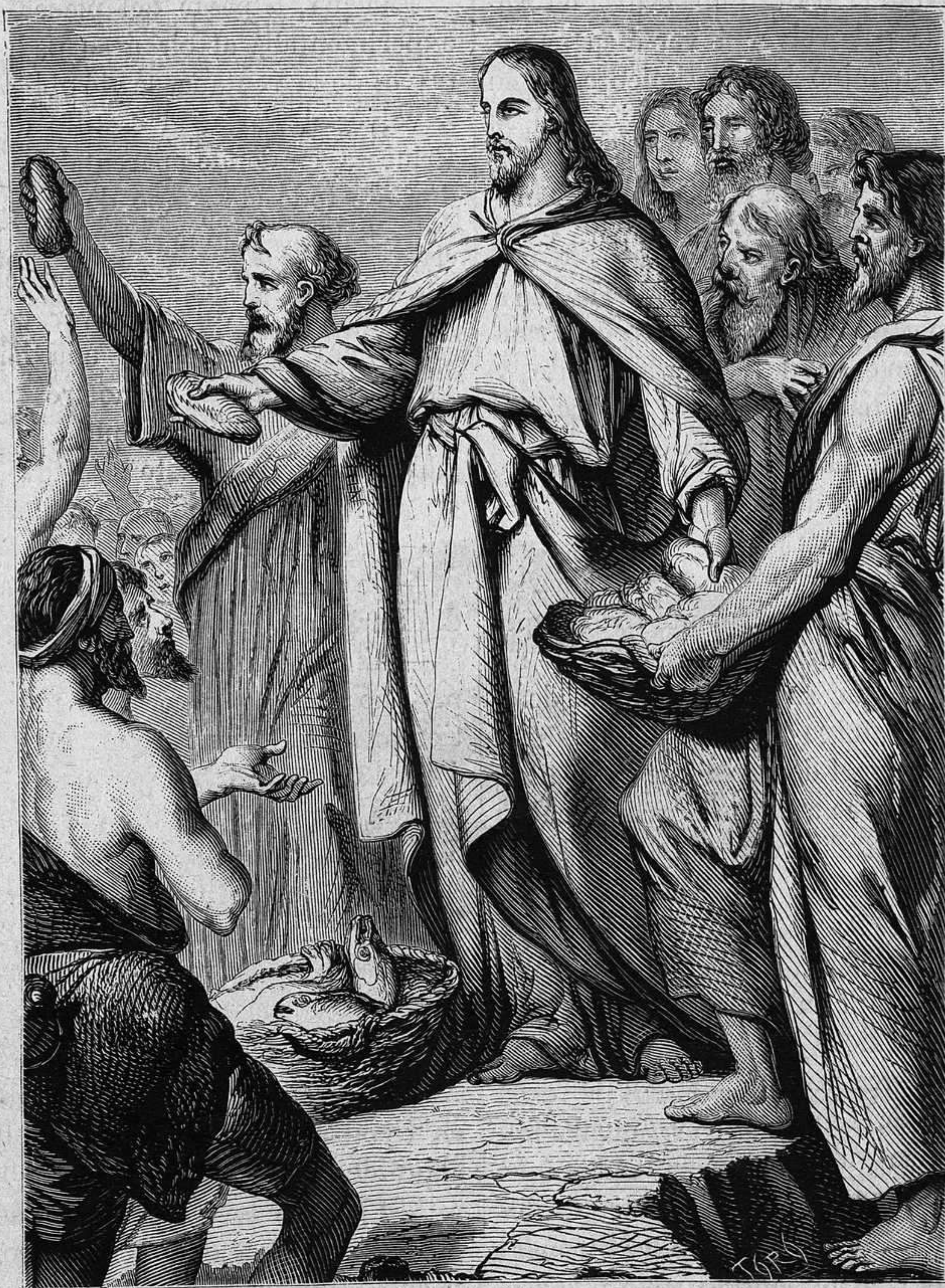
Enrique aprovechó este pretexto, y aquella misma noche partió para Tolon, montado sobre su perro.

El camino le pareció muy largo.

Al otro día por la mañana se detuvo en Lyon para almorzar y para dar algun descanso á su pobre perro.

Allí pasó todo el día, y se paseó por la ciudad seguido de su fiel compañero, que corría por las calles como el perro más vulgar.

Fénix era muy parecido á esos grandes actores, que por la calle van con el aire más sencillo del mundo, y luego arrebatan y entusiasman en la escena.



La comida en el desierto (pág. 334).

Fénix corria y saltaba durante el día como cualquier perro, y por la noche se elevaba por los aires; desgraciadamente no había nadie que le admirara.

Enrique llegó á Tolon el tercer día, es decir, la tercera noche, porque descendía á la tierra ántes de brillar la aurora, por temor de ser sorprendido.

Grande era la impaciencia de Enrique por volver á ver á su padre, pero dominó los sentimientos de su corazón por no hacer traición á su secreto.

En efecto, era menester tener mucha fuerza de voluntad para estar tan cerca de su padre y resignarse á verle en su ventana ó á oír su voz por casualidad. Sin embargo, Enrique se consideraba feliz; en cuanto caía la noche, montaba sobre Fénix, y volaba hácia el lazareto, y se ponía delante de la ventana de la habitación de su padre.

Como la ventana estaba abierta, oía y veía perfectamente todo lo que pasaba dentro; de tal modo, que un día oyó que su padre hablaba de él con un amigo suyo; le dió vergüenza del papel de espía que estaba haciendo, y se arrepintió casi de haber sido tan indiscreto.

—Dentro de ocho días abandonaremos el lazareto, y volveré á ver á mi hijo, decía el padre. ¡Qué alto debe estar! Su madre me escribe que está hermoso como un ángel, y que demuestra mucho talento. Mi idea es hacer de él un marino, como yo, pero si no le gusta le dejaré escoger la carrera que más le agrade; sin embargo, procuraré hacerle entrar en la marina.

Enrique se rió al oír hablar así á su padre, y á pesar de la delicadeza de sus escrúpulos, se prometió aprovechar aquella advertencia.

—¡Ah! Con que, tratabais de contrariarme, señor papá; pues ya veremos si lo conseguimos.

Enrique, á pesar del placer que experimentaba al oír á su padre á través de la ventana, se vió obligado á volver á París, al castillo de la Princesa, en donde aparentaba estar durante todo el tiempo de su viaje.

No había estado más que tres días ausente, pero su madre experimentó tanta alegría al volverle á ver, como si hubiera regresado de una larga expedición. Luis no demostró tanta alegría, y acogió á Enrique con una maligna sonrisa, y éste se sintió un tanto turbado cuando le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De casa de la Princesa, respondió Enrique.

—Ahora quizás vengas de allí, pero no has estado con ella todo el tiempo de tu ausencia, pues ayer fuí á pasear cerca de su parque, y un guarda, á quien pregunté por tí, me dijo que no estabas allí.

—¿Y cómo lo había de saber el guarda, si no vive allí?

—Acababa de ver á la Princesa cuando lo encontré, y me dijo que no estabas con ella, ni había tampoco ningún sobrino. ¡Irte por jugar con el sobrino de la Princesa, cuando tienes aquí un amigo que vale más que los sobrinos de todas las princesas del mundo!

—¡El guarda es un imbécil! contestó Enrique alejándose, porque si bien sabía fingir perfectamente, no había aún aprendido á mentir.

Enrique se dirigió á su habitación inquieto y atormentado con las sospechas de su traidor amigo. Una vez despierta la desconfianza de Luis,

Enrique lo temía todo de su curiosidad. Luis, como todos los perezosos, no tenía otro trabajo que descubrir lo que los demás le ocultaban, pues su mayor placer era saber lo que no querían que supiera.

Enrique esperaba con impaciencia el fin de las vacaciones para ver partir de su lado el falso amigo que turbaba su felicidad, pues presentía que su querido perro no estaría seguro mientras Luis estuviera en su casa. Hubiera querido que el tío de Luis se lo hubiera llevado enseguida, pero era un hombre concienzudo, que á la invitación de la madre de Enrique, de que fuera á pasar una temporada con ellos, había contestado: « Iré á pasar un mes con vosotros. » Había salido de París el 1.º de Setiembre, y pensaba regresar el 1.º de Octubre, ni un día más ni un día menos. Enrique sabía esto y esperaba con impaciencia el 1.º de Octubre.

El tiempo se pasaba y el Sr. de R. debía llegar de un momento á otro. Una noche, Enrique quiso salirle al encuentro, y retirándose á un sitio oscuro para evitar los rayos de la luna, dijo la palabra mágica y se elevó por los aires. Al elevarse oyó una voz que decía: ¡ Nasquette! ¡ Nasquette! Nuestro amigo creyó que sería el eco, pero á pesar de eso le pareció muy singular aquella repetición.

Bien pronto olvidó aquello, porque vió una silla de postas en el camino, y se figuró que iría su padre en ella.

En efecto, se dirigió hácia el carruaje, y vió que no se había equivocado.

Entonces quiso servirle de algo, y fué recorriendo todas las paradas de postas para que estuvieran listos los caballos. Por fin, á media noche llegó su padre al castillo; entonces descendió á la tierra y fué á recibir á su padre. Después de haberle abrazado con ternura, le dijo:

—Tenía un presentimiento de que ibais á venir esta noche, y no me he querido acostar por eso: no hubiera podido dormir.

—No pensaba haber llegado hasta mañana, pero el servicio de postas está tan bien montado, que no he perdido ni un instante. Mucho ha mejorado durante mi ausencia. Los maestros de postas han cumplido bien.

—Lo que es esta vez no es el mérito de ellos, sino mio.

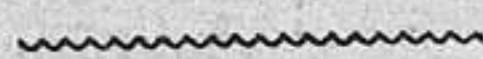
Muchas veces creemos que es una mejora general el desconocido servicio de un amigo.

Enrique estaba muy contento de volver á ver á su padre, de poderle hablar y abrazar, pero toda aquella felicidad estaba amargada por una palabra, por una frase insignificante para todo el mundo, pero que á él le revelaba un gran peligro.

Paseando con su padre por el jardín, oyó la misma voz que le había turbado la víspera, pronunciar aquella palabra fatal: ¡ Nasquette! ¡ Nasquette!

Ya no podía creer que aquello fuera el eco.

(Se concluirá.)





En el próximo mes de Junio recibirán este bonito libro nuestros suscritores por año, y todos los que, terminado su abono en el citado mes, lo renueven por año, ó seis meses.

Este libro, primero de los que con el mismo título vamos á seguir publicando, contiene tres comedias muy lindas para que las representen los niños en sus casas, ó en los colegios, tituladas:

Una leccion de historia.—La Cruz roja.—El octavo mandamiento.

Excusamos encarecer á los padres la conveniencia y utilidad de este honestísimo é instructivo recreo, y esperamos que, en recompensa de nuestro afan por complacer á los niños, continuarán favoreciéndonos con su abono y recomendarán esta publicacion á sus amigos.

El *Teatro infantil* se repartirá con el segundo número de Junio á los suscritores por el año 1873, y á todos los que, terminando su abono en fin del mismo mes, lo renueven.